

160A



IMPRESIONES DE VIAJE

La partida.—La amabilidad de un buen amigo nos ha deparado la ocasión de este viaje que se proyecta con todas las seducciones.

Así, en la mañana del 14 de Agosto, partimos de la Villa hacia la Montaña, por la carretera de la costa. No llevamos un propósito muy determinado: dar un rodeo a los picos de Europa, subir, si se presenta oportunidad, visitar tantas cosas interesantes, descansar del trabajo diario. . . .

En marcha, pues; adiós a la Villa, y hasta pronto.

El viaje.—Hemos salvado rápidamente las distancias: la comida ha sido en Torrelavega y después por Cabezón, San Vicente, Unquera y Panes, hemos entrado en el desfiladero de la Hermida. Hasta aquí, todo ha sido conocido: nuestros ojos no han tenido, por tanto, grandes motivos de asombro. El desfiladero no es tampoco demasiado interesante.

Lebeña.—A poco de pasar La Hermida, se llega a Lebeña, cuya iglesia de Santa María, declarada monumento nacional, es verdaderamente digna de verse.

Su fundación se remonta a los años del novecientos, y es de tipo visigótico-muzá-rabe. En su interior, los haces de columnas de florida talla en sus capiteles, sustentan hermosos arcos de herradura, y al exterior, unos finos motivos ornamentales de gusto bizantino recorren los muros bajo el alero.

A los lados del ábside, dan guardia de honor perenne a esta bella construcción, dos árboles enormes, un boj y un olivo, que tal vez cuentan de existencia el millar de años que tiene el templo.

Potes—Fin de etapa. La relojería es visita obligada para todos los excursionistas. Una relojería en la que se vende de todo: postales y relojes de pesas: el tostadillo de Liébana y dulces: rollos de película, joyería... Un pequeño mundo de los que gustade-

tallar la mano minuciosa de Baroja, y aunque no hemos sabido nunca lo que es un astrolabio, estamos seguros de que allí ha de haberlos. El dueño, señor Bustamante, y sus hijos, tan amables, nos dan detalles, nos enseñan planos de todo aquello que tan bien conocen.

Lunes, 25.—Es día festivo y madrugamos para oír la primera misa. No puede faltar un recuerdo para nuestra Villa: hoy celebra Begoña fiesta mayor y el pensamiento se complace en enviar mensajes de saludo. Después del desayuno, despedimos al querido amigo que nos ha acompañado ayer hasta aquí y que hoy retorna a Bilbao en su moto.

La excursión.—Vamos ascendiendo por el pequeño y privilegiado valle de Liéba na. La barrera de los picos le resguarda de los vientos adversos, dulcifica su invierno y permite fructificar cereales y hasta viñedos. En Bada dejamos el coche y tomamos el camino de Barrio. Unos hombres jóvenes están haciendo, a golpe de azada, bolos para su juego. Las buenas mujeres contestan a nuestro saludo: «Vayan ustedes con Dios» «Y con bien», «Vayan ustedes con la Virgen». Lo dicen poniendo en la frase todo su buen deseo y el saludo pierde la sequedad de fórmula y logra un valor cordial nuevo.

Desde Barrio, el camino se empina y los bosques van haciéndose más densos: castaños, hayas, robles tan hermosos que no podrían abarcar su tronco las manos unidas de los tres compañeros. Buenos lugares para osos y jabalíes. La ascensión no es dura. Los caminos están bien cuidados y el sol de Agosto está, desgraciadamente, oculto. Coronadas las primeras altas lomas, entramos en la niebla que todo lo cubre, y, a poco, las abejas frías de la lluvia punzan en nuestro rostro y nuestro pecho su fino picar.

Puerto de Pineda.—Al entrar en el puerto, la niebla se disipa momentáneamente. Hay una lucha de vientos contrarios que nos permite ver los negros paredones de Peña Prieta y Curavacas, con las manchas de sus neveros que hacen más vigoroso el contraste.

La comida, junto a una choza de pastores, gentes amables todos ellos, que nos brindan cobijo para pasar la noche si lo deseamos. Ha despejado bastante y, a ratos brilla el sol. Se ven los desagües de los neveros descendiendo de grada en grada en finas lenguas alargadas. Las esquilas del ganado suenan en la distancia. Se escucha el rumor continuado del agua: pequeños arroyos que van a alimentar ríos que serán grandes, el Deva por el Norte, y el Carrión, que va hacia el Sur. Y el viento en las crestas pone un zumbido fuerte y prolongado.

La pirámide airosa de Peña Prieta se alza ahora sobre nosotros libre de cendales, mostrando sus agudos perfiles y sus flancos desnudos. Curavacas alarga su macizo amplio que cobija unos pequeños lagos que quisiéramos ver. Pero de nuevo se echa la niebla y la perspectiva de una noche molesta y un día desaprovechado nos decide a bajar.

Descendiendo, podemos ver algo del macizo de los Picos, envuelto en girones de niebla y avanzando sus cimas robustas sobre las nubes. El efecto, a los rayos bajos de sol poniente, es de una hermosa fantasía.

Carreteras.—No podemos quejarnos de las carreteras. En general están todas muy bien conservadas y algunas han sido verdaderas pistas. Esta misma que desde

Potes ha de llevarnos a la meseta de Castilla, está muy bien. Ascendemos rápidamente por valles de un verde esmalte, cubiertos de arbolado frondosísimo y en cuyo fondo se retuerce la sierpe ligera de los arroyos innumerables. De vez en cuando, vemos los Picos de Europa aún envueltos en nubes bajas.

Campos de Castilla. — Dejamos atrás el collado de Piedras Luengas, bajo Peña Labra, y hemos pasado también Cervera de Pisuerga. A nuestra espalda quedan, brillando al sol, Curavacas y Peña Prieta, ayer tan hoscos.

Ya ha cambiado el paisaje. Campos de cereales ya segados, oteros, pequeñas colinas alargadas; a veces, la guardia vigilante de los chopos enfilados que jalonan la ruta del río entre los campos y de la carretera entre las mieses. Perspectivas lejanas, sol de Castilla y cielo duro, por el que navegan las nubes que el viento va arrancando, vellón a vellón, de la barrera los de montes.

Faltan las cigüeñas amigas: esta vez no hemos visto ninguna. No han lanzado al aire con la majestad de sus golpes de alas, la flecha blanca y fina de su cuerpo.

Pueblos de Castilla.—Cervera de Pisuerga, Castrejón de la Peña, Santibáñez de la Peña, Guardo... Un cruce de carreteras ha señalado «Alar del Rey»... ¡Nombres, nombres! ¡Pueblos de Castilla! Sobre los techos humildes, el humo de los hogares va cuajando, como un airón de gloria, estos nombres de gesta. Velilla de Guardo, Pedrosa del Rey. ¡Nombres, nombres!

Pueblos de Castilla, que las aguas cautivas por la mano del hombre en tantos pantanos cuyo trazado hemos visto, sean para vosotros ayuda y descanso.

Puerto de Besande. - Riaño. - El Pontón. — La carretera va ascendiendo suavemente, y pronto llegamos al puerto de Besande. La vertiente cantábrica, de nuevo. Enfrente, después del valle en que se asienta Riaño, las cadenas montañosas se suceden sin interrupción, y, a poco, a nuestra derecha, se alza la mole blanca y solitaria del Espigüete, dominando Castilla y León.

Tras de la comida en Riaño, nuevamente en marcha. Enfilamos ahora unos valles altos, bien regados, que nos acercan a nuevas cadenas de montañas. Y ya en el alto de la carretera, en El Pontón, tras unas verdes y altas lomas, aparecen los Picos de Europa dorando al sol de la tarde su crestería blanca.

Oseja y Soto de Sajambre.—Va descendiendo la carretera y pronto pasamos por Oseja de Sajambre, que está en fiestas. Por un ramal de audaz trazado, con túneles y viaductos, se sube hasta Soto. Queremos dejar el coche y subir seguidamente para pernoctar en el refugio de Vega Redonda, bajo las Peñas Santas, que asoman la audacia de sus torreones sobre el pueblo,

Son las cinco de la tarde y unos informes, tal vez interesados, nos presentan como imposible la ascensión en lo que resta de día y como, por otra parte, dificultades de momento no permiten prepararnos provisiones que llevar, hemos de desistir hoy de toda subida y decidimos llegar hasta Covadonga.

El Sella. - Desfiladero de los Beyos.—La carretera va descendiendo por la cornisa colgada sobre el Sella y abierta en la roca por el hombre. A los lados se elevan rápidos farallones ingentes y en el fondo salta el río en su cauce oscuro. De vez en cuando, salva un desnivel de roca y destrenza graciosamente sus guedejas blancas. La

carretera sigue así, kilómetros y kilómetros, emparejada con el río o pasando y repasando sobre él por airosos puentes. Al fin, el desfiladero se muestra más abierto, el río se remansa y pasamos nuevamente por tierras de labor. Se ven los hórreos sustentados por fuertes pegollos y la vida descansa en los verdes campos de Asturias.

Covadonga en la noche.—Pica clavada en un flanco del Auseba, se alza la basilica rosada entre las dos admiraciones de sus torres. Domina la carretera y el valle y parece subir a lo alto como un anhelo. A poco, cerrando la noche, enciende sus luces, empequeñecida en el corazón de sombras de las grandes montañas.

En el interior de la basilica apagada, apenas se destaca, en el contraluz de las vidrieras, la imagen de la Santina en su trono del altar mayor. Luego, en la Santa Cueva, el murmullo del agua incesante pone a las oraciones el comentario de su letanía.

Y este rumor sordo y prolongado que llena el ámbito, hecho de las mil voces acordadas de los veneros que fluyen en el hontanar con su eterno plañir, parece del mar, como si, acodados en el parapeto, se viera a nuestros pies un piélago de negras aguas muertas, en la noche.

Y, entre tanto, el alma se echa a volar ligera sobre el valle invisible. sobre la crestería y los miradores, sobre el pasado de gloria de los recuerdos, para volver al reposo del corazón perfumada de noche y de misterio.

Aquí se aprende la lección de la divina humildad. Sintiendo estremecerse los anhelos dormidos y contemplando esta obra invencible de la naturaleza ante la cual el esfuerzo del hombre resulta mezquino y percedero.

Covadonga, Begoña: Luminarias eternas cuyos resplandores llevan la esperanza, través de mares y de continentes, a los treinta y dos rumbos de la rosa...

IGOA.

Septiembre, de 1927.

